

LA MONTAÑA.



AL MERCADO.

Apenas aparecen tras las lejanas montañas los primeros fulgores de la aurora, cuando la jóven casera salta de su pobre lecho, y adormecida todavía, se viste precipitadamente para bajar al corral del caserío y preparar las cosas que en el mercado del pueblo ha de vender por la mañana.

Hay que figurársela al bajar por las desvencijadas escaleras del corral, tan buena y rozagante moza, en una mano un candil encendido cuya pobre luz hiere sus soñolientos ojos y la obliga á restregárselos con la otra mano; descalza, vestida solo con un refajo encarnado que la llega solo á la rodilla, y la áspera camisa.

Los carcomidos escalones rechinan, al bajar, con el peso de la buena moza, lo cual es bastante para que, con la luz del candil que en un momento alumbra confusamente todo el corral, se despierten los habitantes de éste, produciendo un ruido como si moviesen grandes haces de paja: la vaca se alza del suelo mugiendo, las gallinas se tiran revoloteando ruidosamente de la percha en que pasaron la noche, el borriquillo rebuzna y los puercos gruñen sordamente, con lo cual termina el saludo, ó cosa por el estilo, que los animales del corral hacen á su ama.

Una vez en el corral, la moza, despues de remover con la horquilla el rastrojo del empedrado piso, echar un brazado de oloroso heno en el establo, y arrojar sendos puñados de maíz á las gallinas, que cacareando la rodean, ordeña en un barreño á la vaca despues de darla un puñado de sal: la humeante leche la trasega á una marmita, que coloca cuidadosamente en un cesto, entre las legumbres que cogió la noche anterior. Solo le falta atrapar un par de gallinas, lo que consigue tras muchas corridas y gran revolucion entre las aves; y, despues de atarles las patas, las coloca tambien en el cesto, sobre el cual extiende un paño blanco, bajo el que las gallinas no tardan en sacar el pescuezo, cacareando como protesta de su prision.

Terminadas las faenas, la moza vuelve á subir á su cuarto, y despues de acabarse de vestir y acicalarse, coge el cesto; lo pone á la cabeza, y emprende alegre el sendero que baja al camino del pueblo, donde ha de vender las legumbres, la leche y las gallinas.

LUIS BARRERA.

